

patos, vestuarios y armas para el ejército; por herencias transversales; préstamos imprevistos; todo, todo gravitaba casi simultáneamente sobre la infeliz América; tal era nuestra situación; sin embargo, á todo se abastaba de una manera franca y generosa. En aquellos días se remitieron muchos vestuarios para el ejército, y de la provincia de Michoacan salieron muchos millares de zapatos; mas todo fué tirado á la calle, y la correspondencia tratarnos como á esclavos, al mismo tiempo que se nos paladeaba con la bella teoría de que éramos *libres*. Pesaba entonces la mano de Dios sobre España; sus ejércitos auxiliares le hacian mas daño que los de los franceses; no quedó fábrica ni establecimiento que no destruyesen los ingleses, como la fábrica de la China, la de San Fernando de Guadalajara y otras; hasta la naturaleza se habia conjurado contra aquella nacion, pues un cruel vendabal causó la pérdida en la bahía de Cádiz de los navios Concepcion, Montañez, San Ramon, fragata Paz, y veintitrés buques mercantes. Nada se diga de las acciones militares, perdidas todas, como las de Rio-Seco, Ocaña, Talavera, Medellín, Zaragoza, gargantas de Sierra-Morena, etc. Sus partidas de guerrilleros eran una plaga mayor que todas: los famosos don Julian el Médico, Chaleco, el Empecinado, Rovira, Velasco, Francisquete y otros muchos, eran cuadrillas de bandoleros y ladrones; no obstante, los españoles se lisonjean de que ellos hicieron caer á Napoleon de su trono, no de otro modo que una mosca felicitaba á un toro de haberle quitado un enorme peso de su yugo cuando se echó á volar.

113. Repentinamente y cuando nadie lo pensaba,

el arzobispo fué relevado del vireinato por orden de la regencia de 22 de febrero de 1810, suscrita por el marqués de las Hormazas; atribuyóse al grande influjo que tenia en aquel gobierno el comercio de Cádiz, de quien fué obra, y estaba conexada con el de Méjico por sus intereses; pues cuando el virey Venegas tomó el mando, traía orden de dirigirse precisamente por los consejos del oidor Aguirre, que era el capataz de todos los mercaderes de esta capital, y su óraculo. El arzobispo recibió con serenidad este desaire, y con mucho placer entregó el baston el martes 8 de mayo á la real audiencia, como se le previno. Al salir de palacio mandó á su cochero que lo pasease por la Alameda de Méjico (lugar que jamás habia visto), y dada una vuelta en derredor de ella, se retiró á la casa arzobispal con la mayor complacencia, para dedicarse á su ministerio pastoral: su ánimo estaba tranquilo, habia servido con fidelidad, celo y desinterés; y tanto, que habia cedido los sueldos de virey: este empleo le habia quitado mucho, pues aun á su antecesor Garibay lo habia socorrido con doscientos pesos mensuales, hasta que se hizo teniente general, asignándosele diez mil duros anuales. Un gobernante adornado de tantas virtudes, habló siempre la verdad al gobierno español, como acreditan sus informes, aun cuando trataba con personas condecoradas que pretendian empleos, destituidos de todo mérito, descansando en sus riquezas. Poco antes de retirarse del gobierno, hizo quemar en la plaza una proclama de José Bonaparte, á la que se le dió el aire de auto de inquisicion.

AÑO DE 1810.

GOBIERNO DE LA REAL AUDIENCIA.

SUMARIO.

Es muy mal recibido este nombramiento en Méjico, y se mira como obra de la intriga de los chaquetos. Acelera la revolucion comprimida por el buen concepto del arzobispo, 114.—Arregla y simplifica la audiencia el despacho del gobierno: separa al oidor Blaya del conocimiento de las causas de infidencia: carácter feroz de este ministro, 113.—Manda la audiencia que se proceda á la eleccion de diputados á cortes y se nombra al doctor don José Belle de Cisneros: esta eleccion es aplaudida: dicta providencias para hacer efectivo el préstamo de veinte millones, 117.—Huracán terrible en Acapulco y Veracruz la noche del 9 de agosto de 1810 que hace los mayores estragos, tanto en la bahía como en las casas, principalmente en Acapulco, en que al dia siguiente se presentaron montones de ruinas, 119.—En 20 de mayo cayó un rayo en el santuario de los Remedios que destruyó una parte de la iglesia: traen con tal motivo la imagen de nuestra Señora á Méjico: visita los conventos de monjas: se enciende la piedad en el mas alto y desconocido grado: extrañan mutuamente los mejicanos la causa de aquella exaltacion piadosa: hácese procesiones solemnisimas, y el 10 de agosto es trasladada la imagen á su santuario con extraordinario sentimiento del pueblo y como si quedase abandonado á la mas deplorable orfandad, 121.—En 25 de agosto fondea en Veracruz la fragata Atocha, que conduce al virey Venegas, de cuyo valor militar se tenia concepto por haber mandado una division en España contra los franceses y hallábase en la batalla de Bailen, 121.—A su llegada á Guadalupe lo felicita un pobre hombre recordándole en un papel sus hazañas militares: impide la circulacion de este papel, lo que se atribuye á modestia; mas el tiempo descubre la verdadera causa de la supresion, 122.

114. El pueblo mejicano repugnó con generalidad este nombramiento y conoció que era obra de la intriga de los que llamaba *chaquetos*, en Gádiz, habiéndose propuesto por objeto continuar la opresion, separando al arzobispo; tanto mas, cuanto que estaban á la cabeza de la audiencia los dos hombres que se habian manifestado enemigos de los americanos, *Aguirre* y *Bataller*. Creció con tal motivo el deseo del rompimiento que habia contenido el buen concepto del arzobispo, y se aumentó á un grado indecible luego que se tuvo la primera noticia de hallarse nombrado virey

Venegas: quince ó pocos mas dias antes de que estallase la revolucion en el pueblo de Dolores, recibí carta de don Ignacio Allende convidándome para ella; exigíoseme respuesta y devolví el *sobre*, quemando al momento dicha carta, pues conocí que era inmaturo el rompimiento, y el jefe que se iba á poner á su cabeza muy fogoso é inexperto, y por lo mismo poco á propósito para llevar al cabo tamaña empresa.

115. En 9 de mayo la audiencia proveyó el auto (1)

(1) Léase en la Gaceta de Méj. de 18 de mayo de 1810.

en que arregla y simplifica el despacho del gobierno. Esta disposición estuvo muy acertada, y lo mejor que en ella se advierte es haber separado del conocimiento de las causas de infidencia al oidor *Blaya*, subrogando en lugar de este y del oidor Calderon, á dos alcaldes mas antiguos del crimen. *Blaya* era una fiera con aspecto humano; atrevido, insufrible, y no sé cómo el arzobispo pudo reputarlo por muy sabio, y en concepto de tal nombrarlo asesor del tribunal general de minería en lugar de Carbajal, promovido para el consejo, el cual se hallaba á la sazón en Cádiz y disfrutó por algunos dias la confianza de la regencia, que lo oyó como á un oráculo. Méjico se alegró infinito de la separación de *Blaya*. Fué cosa extraña en el orgullo de los oidores que alguno de ellos no se hubiese nombrado capitán general, como en otros tiempos lo pretendió el regente de Guadalajara Sanchez Pareja: si hubiera estado en esta corporación el oidor *Recacho*, sin duda lo pretende como lo hizo después durante la revolución, aunque tenía para el caso las mismas disposiciones que un zapatero para ser astrónomo.

116. Cuidó asimismo la audiencia de circular la orden de la regencia de Cádiz de que ya hemos hablado, y mandó en auto de 16 de mayo se publicase por bando, y en su virtud se procediese sin la menor demora á las elecciones de diputados por el ayuntamiento de esta capital y demás de las provincias, recayendo la de Méjico en el doctor don José Belle de Cisneros; elección que fué muy aplaudida porque era notoria la sabiduría y probidad de este respetable eclesiástico, que después acreditó en las discusiones de las cortes de Cádiz.

117. En 29 del mismo mes dictó la audiencia providencias para hacer efectivo el préstamo de veinte millones de pesos, insertando en su auto los términos y modo en que se debía realizar esta exacción opresiva, escandalosa é impracticable.

118. Dos sucesos dignos de la historia ocurrieron en esta época, y de que debo hacer memoria. A las ocho de la noche del día 9 de agosto comenzó á soplar un viento Norte tan fuerte en Veracruz y Acapulco, que á la media hora ya no había hombre que pudiera resistir su furia, ni cerrojos ni aldabas que pudiesen sujetar las puertas y ventanas de las casas. Tan furioso vendabal continuó mezclado con algunos aguaceros hasta las diez y media que se cambió del Sur, corriendo con mucha mas fuerza hasta las doce y media de la noche que empezó á ceder, calmando enteramente con una lluvia tan copiosa que apenas cubía por las calles.

119. Este huracán terrible echó por tierra en Acapulco ciento veinticuatro casas. Los edificios de fábrica regular sufrieron algunas averías, especialmente sus techos. Las dos filas de árboles situadas en ambos lados de la calzada que sube de la ciudad al castillo y toda la del campo de Marte, los tamarindos, plataneros y demás árboles, fueron hechos pedazos ó arrancados enteramente, con cuyas ruinas quedaron los caminos intransitables. Al amanecer, los campos inmediatos á la ciudad presentaban montones de escombros y ruinas, y casi todas las familias se veían en las calles sacando de entre las palizadas de sus casas sus muebles y utensilios, para ponerlos á cubierto en las casas que no habían padecido tan considerable daño. En Veracruz sopló el viento con igual furia. Las casas de esta ciudad no sufrieron el destrozo que las de Acapulco por ser de una construcción muy sólida; pero si los barcos, pues chocando unos con otros y siendo la marejada muy impetuosa, perecieron muchos y otros quedaron desarbolados. La audiencia mandó que se publicase la relación de esta desgracia, y se lee inserta en la Gaceta núm. 92 de Méjico del martes 28 de agosto de 1810.

120. En la tarde del 20 de mayo cayó un rayo en la iglesia de nuestra Señora de los Remedios, que destruyó mucha parte de ella: hizose necesario conducir la imagen á Méjico: celebróse su novenario en la iglesia Catedral; y como concluido este pidiesen algunas preladas de los conventos que las visitase por tres dias para darla solemnes cultos, accedió á esta solicitud el arzobispo. La primera visita que hizo á la iglesia de la Enseñanza fué secreta; pero las demás ya fueron públicas. Encendióse la devoción á tal grado, que de día en día se aumentaban las demostraciones de la piedad; veíanse las calles adornadas á maravilla con colgaduras, espejos, cuadros, relojes de sala, iluminaciones nocturnas, músicas, poesías y toda especie de demostraciones de júbilo; pero mezcladas con cierta *ternura dolorosa* que presagiaba qué sé yo que porvenir funesto, y excitaba á orar y pedir fervorosamente el consuelo. Habiendo acabado todas las visitas en los conventos, se condujo la santa imagen en procesión á su santuario (que ya estaba reparado) el 10 de agosto, y el siguiente partió de la Veracruz acompañada de un pueblo numerosísimo que se esparció por la llanura de Popotla, cantando salves y vertiendo lágrimas. Jamás se había visto un espectáculo mas interesante de la piedad: la despedida de la Señora fué tan tierna y dolorosa, cual pudiera darla la madre mas amante á un hijo muy querido temiendo no volverlo á ver mas. Todos se preguntaban mutuamente la causa de aquel extraordinario cariño y efusión del corazón. . . . ¡Ah! presto se desengañaron, pero con un desengaño costosísimo. . . . tenían encima el azote de la divina justicia que iba á descargar sobre esta nación: iba á derramarse la sangre de mas de doscientas mil víctimas; y el cielo, que cuando manda el mal tambien proporciona el remedio, queria confortar aquellos corazones de antemano con sus auxilios para prepararlos á tolerar la infanda desgracia, no de otro modo que un sabio médico prepara de antemano y conforta á un enfermo para que reciba una medicina fuerte que al hacer crisis extenuará sus fuerzas y lo pondrá en el borde del sepulcro. Yo fui testigo presencial de este memorable acontecimiento, yo escribí su historia en dos partes, y confieso que al recordar ahora su memoria me estremezco, como si aun no hubiese apurado tambien á una par con mis conciudadanos la copa de aquella tribulación (1).

121. En 25 de agosto avisó el gobernador de Veracruz á la audiencia gobernadora, haber fondeado en aquel puerto la fragata *Atocha*, procedente de Cádiz con cuarenta y cuatro dias de navegación, conduciendo á don Francisco Javier de Venegas, electo virey de Méjico. Como este jefe había figurado en la batalla de Bailén y después se había hecho mención de él en los papeles públicos como general de un ejército sobre las inmediaciones de Madrid, se tenía una idea ventajosa de su valor, que procuraron aumentar los españoles para intimidarnos; esperábanlo por lo mismo con ansia: llegó á Guadalupe, donde recibió los primeros homenajes de sus aduladores, y allí pasó la anécdota que voy á referir.

122. Un pobre hombre, deseoso de medrar á su sombra, reunió varios datos de las campañas de Venegas, escritas en las Gacetas, y se propuso formar su elogio. Oyó hablar de las acciones que había tenido con los franceses en *Uclés* y *Tarancon*; hizo una edición cuantiosa de su papel, y para ganar albricias antes de publicarla en Méjico, remitió gran número de ejemplares á su héero, que estaba en Guadalupe. En

(1) Esta memoria se imprimió en la oficina de Ontiveros, cuyo título es: Memoria piadosa que recordará á la posteridad la piedad de los mejicanos manifestada en la venida de nuestra Señora de los Remedios, y contiene dos partes.

el momento en que los recibió Venegas mandó eficazmente que no corriese aquel impreso. El autor quedó confundido, é ignorando la causa, la atribuyó á suma moderación del nuevo jefe. Mantúvose en este concepto, hasta que el tiempo, que todo lo añazca y descubre, nos manifestó que en aquella acción había sido derrotado Venegas por los franceses; pero sin que supiese cómo ni por dónde lo atacaron y que sobre esta desgracia chocó con el duque del Infantado, in-

culpándose mutuamente en sus manifiestos, en que se pusieron como de perlas. Venegas no había hecho una carrera militar rigurosa; era teniente coronel de milicias de Ezija, retirado cuando ocurrió la invasión de 1808; hallóse en la acción de Bailén, que la ganaron los españoles como sonó el burro flautista la flauta, por casualidad, y mediante la protección de su pariente el ministro Saavedra, hizo una carrera rápida.

